

813
L.

PA 2623
• EC
P68

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

I

TRAS LAS CORTINAS

Benito Masson tenía su establecimiento en uno de los parajes más retirados, más apacibles y también más vetustos de la Ile-Saint-Louis. Benito Masson era encuadernador artístico, lo cual no le impedía vender tarjetas postales y dedicarse a un pequeño negocio de papelería en aquel barrio pasado de moda, especie de cuña provinciana en la capital, y que parece defendido, por su cinturón de agua, de la eterna bacanal que se ha convenido en llamar vida parisiense.

En aquella calle, cuyo nombre ha sido cambiado posteriormente, y que se llamaba—aun no hace mucho tiempo—calle del Santísimo Sacramento en la Isla, a la sombra de las viejas casonas que un par de siglos atrás fueron lugar de reunión de todo ingenio y elegancia, se han abierto o—mejor dicho—entreabierto una media docena de establecimientos, varias tiendas y una modesta relojería con la exorbitante pretensión de mantener apariencias de vida... Pues bien: de aquel callejón donde vivía nuestro encuadernador; de aquel barrio que parecía no existir más que gracias a sus recuerdos, ha salido una de las más prodigiosas aventuras, y hasta, si se nos apura, la más subli-

me, de la época actual. La aventura de Benito Masson fué, desde luego, sublime, porque constituyó una Fecha (con mayúscula, sí) en la historia de la Humanidad; pero, al mismo tiempo que sublime, fué espantosa... Y París, que conoció principalmente la parte de espanto, aun se estremece.

Para juzgarla debidamente, hay que tomarla desde sus principios. Atravesemos el puente Marie y miremos a nuestro alrededor. Admitiendo que la vida no se traduce exclusivamente por el movimiento, podemos considerar la verdad de que en la Ile-Saint-Louis, más que en cualquiera otra parte, hay siempre una vida intensa; pero en el dominio intelectual. Sin evocar las lejanas sombras de Voltaire y de madame Du Châtelet, puede decirse que en todo tiempo pintores, poetas, escritores, han escogido allí su domicilio. George Sand, Baudelaire, Teófilo Gautier, Gerardo de Nerval, Daubigny, Corot, Barge, Daumier, instalaron allí sus penates. En la esquina con la calle Le Regrattier, que antaño era la calle de la Mujer sin Cabeza, se levanta en una hornacina una Virgen mutilada, que ha visto desfilar a toda la pléyade romántica. ¡Nuestro Benito Masson, que no era solamente encuadernador artístico, sino poeta—extraño poeta, como tantos otros de aquellos turbios tiempos—, aseguraba vivir en la misma habitación donde algún tiempo había morado—y sufrido—el autor de *Las flores del mal*!

Y, como es natural, su misma humildad experimentaba por ello un singular orgullo.

Ahora bien: para conocer a Benito Masson, ninguna fuente mejor que él mismo. Como todos cuantos se creen agitados por algún demonio superior, complaciase en registrar los menores acontecimientos de una vida que, *aparentemente*, se diría haberse desenvuelto en la más triste monotonía, has-

ta el día en que hemos llegado (Benito Masson podía tener sus treinta y cinco años). Y subrayo la palabra *aparentemente* porque ha habido personas según las cuales todas las memorias de esta especie han sido redactadas con el fin más interesado y no relatan sino lo que podía hacer creer en la inocencia de un monstruo que vivía en el perpetuo temor de que descubrieran sus crímenes. Quienes han asegurado esto tenían muchas excusas y quizá hasta razones; pero ¿tenían razón? Ya lo veremos algún día.

En cuanto a mí, siempre me ha conmovido el acento de sinceridad que se encuentra en las Memorias de Benito Masson, aun en sus pasajes más desordenados.

Por el tiempo de que se trata, era a fines de mayo. El día había sido caluroso. Aquel día habíase presentado la primavera con una precocidad no vista en París desde mucho tiempo.

Eran las nueve de la noche. En aquel rincón de calleja desierta, sumido en sombra, el último ruido que se dejó fué oír el timbre de la puerta del almacén de la señorita Borescat, paquetera, la cual cerraba por sí misma y con toda precaución...

Aun había luz en dos puertas vidrieras: la del encuadernador y la del relojero...

El establecimiento de Benito Masson se hallaba enfrente, poco más o menos, del establecimiento del viejo Norbert, a quien apenas se veía salir, como no fuera los domingos, para oír misa, con su hija y su sobrino, en Saint-Louis-en-l'Ile.

El resto del tiempo lo pasaba oculto tras las cortinas de verde sarga, inclinado sobre sus enseres, misteriosamente dedicado a trabajos que, por cierto, ya le habían dado celebridad en cierto modo. Había inventado una especie de regulador

que hubiera podido hacer su fortuna, pero que no había conseguido más que hacerle aborrecer para siempre a los hombres de negocios. A la sazón no parecía trabajar más que por amor al arte y en pos de una quimera en que otros, antes que él, habían perdido la razón.

Sus colegas, con quienes había roto toda relación, hablaban de él con una melancólica condescendencia. Los más enterados citaban una especie de *escape* contraria a todas las leyes conocidas de la mecánica, y gracias a la cual pretendía el desgraciado llegar al movimiento continuo. ¿Para qué más?

Mientras tanto, podía verse en su escaparate un curiosísimo mecanismo de relojería cuyos engranajes exteriores afectaban formas desconocidas hasta entonces. Entre otras piezas extrañas, había ruedas cuadradas. Y el caso era que los habitantes de la Isla afirmaban que aquel *movimiento* duraba años enteros sin necesidad de darle nueva cuerda. La señorita Barescat, la paquetera, hubiera puesto la mano en el fuego para asegurarlo. Total: que entre el puente Marie y el puente Saint-Louis, el viejo Norberto era tenido por un personaje algo diabólico.

Aquella noche, Benito Masson, detrás de sus cortinas, no tenía ojos más que para la relojería. Y podemos afirmar que no era la vista del viejo Norberto lo que le impedía dedicarse al trabajo. Su hija acababa de penetrar en el taller.

Recorramos ahora las Memorias, un poco desordenadas, de Benito Masson. Inmediatamente nos enteraremos de muchas cosas.

He aquí—dice Benito en tales Memorias—la mujer a quien he de dar mi vida. Y hela tal como siempre me la he imaginado y tal como Dios la ha creado para mi corazón, ávido de belleza y

de misterio. En verdad, no hay en el mundo, no, nada más bello ni más misterioso que Cristina. Tampoco nada más sereno. ¿Qué hay más misterioso, más profundo, más insondable que lo sereno? Me interesan las olas enfurecidas, pero me espantan los mares en calma. Los tranquilos ojos de Cristina me espantan y me atraen. En semejantes ojos puede perderse uno, porque son como el abismo.

Los imbéciles, sin embargo, no comprenden eso. ¿Quién comprendería a Cristina? No, desde luego, ese viejo embrutecido relojero de su padre, siempre encorvado sobre ruedas cuadradas y que tal vez no ha visto a su hija desde hace años. Tampoco ese mastuerzo de Jaime, su primo y prometido, fenómeno de la Escuela de Medicina, individuo excepcional, según parece, y que en la Facultad es prosector, algo así como carnicero, pobre chico, en una palabra, que hace cuanto se le antoja a ella, que cuando no está trabajando en el anfiteatro pasa el tiempo mirándola, y que tampoco la ve. Son muchos los que, como ése, la miran porque es guapa. Pero yo, Benito Masson, ¡soy el único que la ve!

Esa mujer no tiene nada que ver con las pollitas del día. Tiene trazas y aire de archiduquesa, ni más ni menos (si acaso, quizá más que menos). Sobre su nuca de diosa se arrolla una cabellera con reflejos de cobre antiguo. Cuando, como ahora, cuelga el sombrero que acaba de quitarse, tiene en el brazo la línea de la amazona del Capitolio, lo cual, para mi gusto, no es poco, ya que en todos mis viajes nunca he visto una Diana tan bella. El pensamiento no puede pensar, a poco que la haya visto andar, moverse, qué serán sus piernas, sus nobles piernas. Hay para besar la huella de sus pasos.

En cuanto al rostro, es un óvalo perfecto, si bien la nariz tiene, por fortuna, una ligera curva que quita frialdad a lo regular. El dibujo de la boca tiene una dulzura angelical; el labio no es carnoso. ¡Oh, la belleza ideal y viviente! Esta bella mujer, que es una artista y que, para vivir, da lecciones de modelado, no debiera tener más modelo que ella misma.

Pero todo eso lo ve todo el mundo. Lo que no se ve, lo que hay en el fondo de su mirada, serena y fatal; lo que hay en lo hondo de sus ojos, sombríamente verdes e irisados de oro, es... es...—¡voy a decirlo!—el asombro inmenso, prodigioso y que no cesará jamás, de vivir—ella, que estaba destinada para el Olimpo—en lo profundo de aquella miserable tienda de la Ile-Saint-Louis, entre ese relojero y ese estudiantón. El caso es que quiere mucho a su padre y a su primo, con quien acabará casándose, esperemos que tarde. ¡Oh! ¿Cómo no se suicida?... Porque al mismo tiempo es la Belleza y la Virtud. ¡Magnífica como una estatua pagana, sabia como una imagen de misal!... No cabe duda: es la Virgen de la Ile-Saint-Louis!... Y he aquí lo que me ha sucedido....

El viejo Norbert, su hija y su sobrino no viven en la calle. En ella no está más que la tienda. Habitan un pabellón separado de la tienda por un jardín. Por cierto que no había visto nunca el pabellón. Allí dentro no penetra nadie, como no sea una asistenta, una mujer que hace las faenas. Y he aquí que he encontrado la manera de distinguir el pabellón. Esta misma noche, luego de apagadas las luces de la calle, he subido por una escala al granero de la casa donde vivo, y por una guardilla ¡he visto!

El pabellón tiene dos pisos... El segundo piso está transformado en una especie de estudio acris-

talado, al que se sube por una escalera exterior de madera. El relojero y su sobrino duermen en el primer piso; Cristina, en el estudio. Hacía una luna deslumbrante. Cristina permaneció más de una hora apoyada en la barandilla que corre, a guisa de balcón, a lo largo del estudio. ¡Qué noche para un poeta y un enamorado! De pronto, abandonó el balcón, y con paso furtivo bajó varios peldaños de la escalera. Luego se detuvo y aplicó el oído a la habitación de su padre y de su prometido. Luego volvió a subir, siempre con grandes precauciones; penetró en el taller, se dirigió hacia un armario que se hallaba en el fondo, sacó una llave del bolsillo y abrió el armario. Y de allí vi salir a un hombre al que ella abrazó. Después ya no vi nada, porque se había apresurado a cerrar la puerta-ventana del balcón y a correr las cortinas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1225 MONTERREY, MEXICO

II

DÓNDE BENITO MASSON CONTINÚA ASOMBRÁNDOSE

Fácil es de suponer la noche que pasó. Yo, que en la mirada de Cristina lo había visto todo, no había previsto aquello: ¡un hombre oculto en un armario! Decididamente, yo no seré más que un poeta, es decir, lo más lamentable que hay en el mundo.

«Para mí, amor mío, lo eras todo. Por ti languidecía mi alma. Lo eras todo para mí: una isla verde en el mar, una fuente y un altar adornado de frutas y de flores maravillosas. Pero yo no había previsto eso de que dentro del armario hubiera un hombre. ¡Ya se ha quebrado la copa de oro! ¡Suenen fúnebres campanas! ¡Otra alma santa que flota sobre el oleaje negro!... ¡Una más!... ¡Oh, las hijas de Satanás!...»

Aquella noche de insomnio no se llenó solamente con la desesperación y con la rabia contra mi innata estupidez, sino también con una especie de alegría diabólica. Seguidamente comprenderéis el complejo sentimiento. Adoraba a Cristina no solamente como un ángel a quien toda mi vida continuaría llorando; la amaba también como a una mujer, como a la más bella de las mujeres... Y de ahí mi suplicio, por cuanto aquella mujer sabía

yo que jamás me pertenecería y jamás me amaría, y que tal vez yo jamás me acercaría a ella. Pero la atrocidad de tan absoluta certeza aumentaba aún con la idea de que un buen día el estudiantón de enfrente, el carnicero modelo, el carpintero de la cirugía, se pondría en el dedo aquella joya del Señor y se dirigiría a casa del funcionario para contraer justas nupcias.

Ahora bien: el hombre del armario, a quien, de mediar la ocasión, yo hubiera muerto como un perro, era menos odiado por mí que el otro, porque me vengaba. ¡Y de qué manera!...

En fin, ya es tiempo de que os diga la razón de que yo no tuviera ninguna esperanza por parte de Cristina. Está contenida en dos palabras:

¡Soy feo!...

Tampoco el primo es guapo; pero es alguien, lo cual, a mi juicio, es peor... Su Jaime—a quien he observado cuando pasa debajo de mis balcones—es más bien grueso que otra cosa, y, desde luego, bajo. Tiene veintiocho años. Es miope, de frente ancha y blanca, de pómulos salientes, de boca fresca y no muy grande, rodeada de una barbita rubia que parece tener la dulzura y la debilidad de los cabellos de los niños pequeñitos. Cuando se descubre, muestra un cráneo ya pelado por el estudio. ¡Ese es el héroe! No se trata de gran cosa; pero, en verdad, no es un monstruo, y, teniendo un título facultativo, puede constituir un marido apetecible. En cambio, yo soy un monstruo, soy horriblemente feo. ¿Horriblemente? Sí, *porque todas las mujeres me huyen.*

¿Hay en el mundo algo más terrible que eso? Nunca mis brazos se han cerrado sobre una mujer. No lo hubieran tolerado ellas. La idea de que yo pueda abrazarlas, solamente la idea, las espanta. Es tal como lo digo... No exagero nada. ¡Mi-

sería de miserias!... Como dijo el otro: «¡Bulle en mis venas una vida de fuego!... ¡Cada mujer equivaldría para mí al regalo de un mundo!... Oigo simultáneamente mil ruiseñores... En el banquete de la vida podría devorar todos los elefantes de Indostán y tomar como mondadientes la flecha de la catedral de Estrasburgo. ¡La vida es el supremo bien!» Y yo no puedo vivir...

¿Por qué tendré este espantoso reborde en torno a mi cerebro? ¿Por qué la asimetría entre las dos partes de mi cara (¡mi cara!), la prominencia horripilante de mis ojos, la brusca avanzada de la mandíbula inferior? ¿Para qué tal caos? *El hombre que ríe* era muy feliz. Al menos, ¡reía, reía para los demás!... Pero ¿qué soy yo para el prójimo?... ¡Ni el que ríe ni el que llora! ¡Mi rostro es un misterio espantable!

¿Me decidiré a confesar una cosa que tal vez me arrastre más lejos de lo que yo deseo?...

Pero, ¡ca!, dado el estado de espíritu en que me encuentro, ¿qué puedo temer? Aunque me sucediera la aventura peor y más extraordinaria, no superaría a la de aquella noche... Yo no tenía más que un motivo para vivir: ¡ver a Cristina!... Y desde que la he visto abrazando a un hombre al que ocultaba en un armario puede irse todo a la porra...

Por cierto que no hace mucho tiempo que me hallo tan feo como todo esto. Hace dos años aun me figuraba que mi cara no era necesariamente para todo el mundo un motivo de horror. Bien sabía ¡ay! que no podía gustar a las mujeres; pero aun abrigaba ilusiones... Refugiado en mi torre de marfil, ante el espejo, me daba a calificar de sublime mi fealdad. Me miraba de perfil y de es-corzo, me hacía gestos, ensayaba diferentes maneras de peinarme. buscaba modelos de fealdad

con los cuales no fuera deshonroso compararse... Llegué, por ejemplo, a decirme que no era mucho más feo que Verlaine, el cual, de creerle, fué amado y supo qué es el amor, todo el amor...

«¡Oh las hermosas jornadas de inefable felicidad en que uníamos nuestras bocas, en que era azul el cielo y grande la esperanza!...», etc.

¡Oh la boca de Verlaine!... Pero ¡paz a sus cenizas! Era mi más grande poeta...

Sin embargo, me decía que si bien fué amado, no se debió precisamente a su belleza. Hay, pues, mujeres capaces de dejarse seducir únicamente por el ensueño, por la ilusión de un poeta, por lo que de divino licor contiene el vaso burdo que una Naturaleza irónica y madrastra creara en un día cruel. ¡Todo consiste en tener ocasión para hacerse comprender! Y he aquí cómo provoqué esa ocasión...

En la última Exposición de encuadernadores había tenido yo un excelente triunfo. Mis encuadernaciones románticas habían conseguido un primer premio. Entonces publiqué en los periódicos unos anuncios solicitando alumnos femeninos. No hube de esperar mucho tiempo. Al día siguiente se presentó una muchacha, la señorita Enriqueta Havard, monísima, muy inteligente, al parecer, y que, según sus manifestaciones, había perdido sus padres; estaba recogida en casa de una vieja tía suya y quería ganarse la vida. Proponíame ser al mismo tiempo mi alumna y mi empleada. Pronto cerramos trato. En los alrededores de París poseo una pequeña quinta, junto a un bosque, a pocos pasos de un estanque, en un paraje bastante desierto. Gusto de la soledad y figurábame, naturalmente, que la saborearía mejor con la joven. Por lo demás, allí trabajaba todos los veranos. Y allí cité a Enriqueta para el día siguiente.

Aquella noche me había mantenido en la semi-obscuridad. Al día siguiente pudo verme en el campo, al aire libre. Así es que al otro día... ¡no la volví a ver!... La esperé tres días. Como me diera la dirección de su tía, fui a casa de ésta y la pregunté por la sobrina. Me respondió con indiferencia que no la había vuelto a ver. No insistí. No quería parecer más preocupado que ella lo estaba.

En el ínterin, se presentó otra alumna, la señora Clara Thomassin, viuda, también joven y bonita... Estuvo un día en mi casa... Cuarenta y ocho horas después vino un caballero cincuentón a hacerme preguntas sobre Clara. Yo le respondí que no tenía noticias de ella desde que salió de mi casa. Y se fué muy triste.

Tuve cuatro alumnas más... Una estuvo cinco días, dos de ellas no pasaron de las veinticuatro horas y la última estuvo tres semanas. Con ésta pude creer que iba a realizarse el milagro; pero a última hora se eclipsó como las demás.

Respecto a esta última, he querido tener la conciencia tranquila y he hecho indagaciones... No he podido, nadie ha podido saber qué ha sido de ella... A decir verdad, comenzó a ahogarme una angustia sorda y desmesurada... *No me atreví a llevar mis indagaciones más adelante, por temor a enterarme de que también las otras tres habían desaparecido. Que yo supiese, ya había tres. ¡Bastantes!...*

Comprendo que las mujeres me huyan, porque soy feo; pero que me huyan hasta el fin del mundo, que me huyan hasta desaparecer, que me huyan hasta el suicidio, ¡es algo superior a todo!... ¿Qué figurarse?... ¿Qué pensar?... Quien lo desee, póngase en mi lugar. ¡Espantoso, espantoso!... Si por una causa o por otra, *por otras seis causas*, se hubieran suicidado las seis, hubiesen sido

encontrados sus cadáveres; pero ¡no fueron encontradas ni muertas ni vivas!

Hablo, ¡Dios mío!, como si estuviera cierto de la muerte de las otras tres... Y es que, en el fondo de mí mismo, creo que el mismo misterio une a las seis... ¡El mismo misterio de muerte!... Nadie, fuera de mí, sospecha eso... ¡Afortunadamente!... Todo es tan enorme y tan absurdo, que no quiero ni pensar en ello... Para olvidarlo había encontrado un buen procedimiento, que era sumirme en la visión y en el amor de Cristina... ¡Y ahora!...

Ahora no quito los ojos de la puerta del relojero... Hoy, domingo, saldrá *ella* dentro de poco para ir a misa, entre su padre y el estudiantón... ¡Ya está ahí, ya está ahí, con su apostura de archiduquesa, con su frente virgínea, con su mirar tranquilo!... El estudiante le lleva el devocionario... ¡Oh! ¿Qué no haría yo por ella?... Hoy no les seguiré... Me quedaré tras las cortinas... Seguramente verá salir al hombre nocturno... ¡Quiero saber quién es su amante! Y luego verá lo que se hace.

Ya hace media hora que espero... ¡Nada!... Hoy domingo la parte delantera de la tienda está cerrada. Hasta la puerta de cristales está oculta por la de madera. Pero ¡no se abre!... ¿Qué espera?... La calle se encuentra solitaria, completamente solitaria... Y no puede salir más que por esa puerta... Esa parte del edificio habitado por esa extraña familia está dispuesta de manera que no ofrece más salida que la que yo vigilo. En realidad, viven encerrados ahí dentro como en una cárcel, y el jardín interior, si es que puede darse tal nombre a un cuadrilátero con tres árboles, me ha producido el efecto, entre los dos altos muros que le oprimen y le ocultan a las miradas, de un patio carcelario. Ese rincón de edificio y de jar-

dín, habitado por el relojero y su familia, formó parte antaño del famoso palacio de Coulteray, cuya entrada principal aun da al muelle de Béthune y aun pertenece—caso único, no repetido entre todos los antiguos palacios de la Ile-Saint-Louis—al último representante de una familia ilustre, como es sabido, por muchos títulos: al actual marqués Jorge María Vicente de Coulteray, quien recientemente, al regreso de un viaje a la India inglesa, casó con miss Dessie Clavendish, hija menor del gobernador de Delhi.

Sólo una vez, por la tarde, al pasar por el muelle, vi al marqués y a la marquesa, los cuales salían en su magnífico automóvil, iluminado por una bombilla eléctrica interior. La marquesa es una mujer muy joven, que me pareció demasiado lánguida, aunque no desprovista de interés, a causa de cierta belleza diáfana propia de algunas inglesas, pero que en esta época deportiva tiende cada vez más a desaparecer.

Al lado de aquella heroína de Wálter Scott, el marqués tenía un aspecto fuerte y vital, a pesar de sus cabellos precozmente blancos. En su cara rosada, por la que circula una sangre generosa, brilla una mirada de acero azul, asombrosamente joven todavía y emocionante en un hombre de cincuenta años y pico. Jorge María Vicente es el último retoño del célebre marqués de Coulteray, que, bajo Luis XV, entre otras genialidades, separóse de su mujer, que no quería oír hablar de divorcio ni abandonar el domicilio conyugal; separóse, repito, mediante el alto muro que aun divide la finca en dos, dejando a la desgraciada en el pabelloncito donde se había refugiado y donde murió, secuestrada por propia voluntad. Allí es donde la virtuosa Cristina, por la noche, cuando su padre y el prometido descansan, recibe a su amante.

Este, de quien continúo vigilando la aparición en el umbral que forzosamente ha de franquear para salir de su cárcel de amor, me hace esperar mucho tras las cortinas. Y pasa el tiempo sin que vea entreabrirse la puerta de la relojería. He aquí que el relojero vuelve de misa con la altiva Cristina y el intrépido prometido.

Por lo visto, el sujeto de marras pasará otro día en su arca esperando la noche próxima y el natural desquite.

Este pensamiento, a decir verdad, no contribuye mucho a calmar mis ánimos, tanto más cuanto pienso que si bien no he visto salir al misterioso huésped de Cristina, tampoco lo he visto entrar, lo cual hace que me pregunte a mí mismo desde cuándo dura el extraño idilio dentro de un cofre.

Me sorprende en una carcajada feroz al pensar en las mujeres en general y en ésta en particular. A la divina Cristina, que llena mi corazón, le deseo una buena catástrofe para alivio de mi alma y de la conciencia universal. Hoy no saldré...

Las cinco.—¡Acababa de sucederme lo que menos esperaba! ¡Ha venido! ¡Ha venido aquí! Pero no anticipemos nada, ya que todo vale la pena de contarse, y me figuro que no he llegado al límite de mi asombro.

Las tardes dominicales, los Norbert, padre e hija y Jaime Contentin, el prometido, suelen salir para dar un pequeño paseo. Pero hoy han salido solos el viejo y Jaime. La hija les ha acompañado hasta el umbral, les ha dirigido unas cuantas palabras subrayadas con su sonrisa de soberana y ha cerrado la puerta del establecimiento. Yo, de un salto, por decirlo así, he llegado a mi observatorio bajo las tejas.

Y he llegado a tiempo para ver cómo atravesaba el jardincillo y subía la escalera exterior que

conduce al taller, en el último piso del pabellón del fondo. Como la puerta-ventana estaba ya abierta de par en par sobre la barandilla, veía el armario, que ella abrió sin vacilar. Y salió el hombre.

Ella lo cogió de la mano y le murmuró unas palabras al oído. Sin duda le comunicaba que la casa estaba libre de toda odiosa presencia y que les pertenecía por algunas horas, pues él se dirigió inmediatamente al balcón, en cuya barandilla se apoyó mirando hacia el jardín con aire de meditación profunda.

Entonces le vi bien, detalladamente. ¡Caramba! ¡Cómo sabía escoger sus amantes la bella Cristina! Era hecho a su medida. Ninguna hija de Eva podría desear uno más guapo. ¡Ay! ¡Juro que al ver aquella cara majestuosa, aquel magnífico trozo de humanidad, he maldecido al Creador que me ha hecho lo que me ha hecho y que ha reservado para el otro un rostro victorioso!

Ese hombre se halla en toda la fuerza de la edad; una perfecta armonía rige sus movimientos; nada parece emocionarlo; a su lado, Cristina, que siempre me ha impresionado por su hermosa impassibilidad, me resulta una desequilibrada. Cierzo es que no la reconozco y que parece haber cambiado. Con su más radiante sonrisa y con gestos infantiles le llama, diciendo:

—¡Gabriel!

¡Oh! Ese hombre de treinta años es bello como el ángel Gabriel. Los dos, los dos son guapos. ¡Qué pareja!

Ahora me toca decirlos cómo va vestido Gabriel, porque se trata de algo bien poco ordinario. Va envuelto de los pies a la cabeza con una capa como las que se gastaban en tiempo de la Revolución, y lleva, según la moda de entonces, botas pequeñas y vueltas. Así es que al verle salir del

arca, en el fondo de la vieja y escondida morada de la Ile-Saint-Louis, parece asistirse a una aventura del caballero de Fersen, venido misteriosamente a la capital para contribuir a la evasión de la regia prisionera. Y hasta el atavío de Cristina se presta a la ilusión, con ese dichoso María Antonieta que ha cruzado sobre su pecho medio desnudo.

¿Qué comedia representan? ¿Cómo ha empezado? ¿Cómo acabará? ¿Adónde se ha llegado? ¡Lo ignoro!

Ese hombre aun no le ha dirigido la palabra; pero ha obedecido a sus llamadas. Gabriel baja la escalera delante de Cristina...

Ya están ambos en el jardín. El se ha sentado bajo el plátano y ante una mesita con mantel donde todavía hay frutas y botellas. A él le veo mal; a ella, mejor. Da vueltas alrededor de él, le habla, se sienta a su lado, apoya la cabeza en su hombro. Están de espaldas, y el árbol me molesta. No se mueven. Permanecen unidos así durante minutos que yo no sabría contar, y que han sido de los más crueles que hay en mi vida.

¡Oh, una cabeza de mujer en su hombro! ¡Y la cabeza de Cristina!

¡Ay, si pudiera arrancarle el corazón a ese hombre!

Por fin se han levantado, cogidos de la mano. Sin soltarse, han subido la escalera. Y ella le ha introducido en el taller y ha cerrado la puerta.

Yo he bajado como loco. Y he llorado. ¡He llorado, sí! Esos idiotas de poetas dicen que han llorado lágrimas de sangre. ¿Qué saben ellos?

De pronto, han dado en los cristales de mi establecimiento. Era ella. ¡Ella, ella! Era ella, que jamás me había dirigido la palabra. Era ella, que

siempre había pasado junto a mí como si yo no existiera.

Abrí, agarrándome a la puerta para no caer. Ella me vió titubeante, trastornado, con los ojos inyectados de sangre. Soy horrible, pero debía de estar asqueroso.

Ella tuvo la suprema piedad de no darse cuenta de nada. Con ese aire de serena nobleza que sucesivamente me encanta, me aplasta o me horripila, me dijo:

—Como es usted un artista, vengo a confiarle lo más preciado que tengo en mi biblioteca: estos cinco ejemplares de Verlaine, para que los arregle a su gusto, que es perfecto. Lo que le pido es que haga el favor de enseñarme uno de estos días las pieles, con objeto de escoger un color diferente para cada obra.

Y como yo me precipitara torpemente hacia las pequeñas existencias de pieles que me quedaban, levantó su bella mano pálida y dijo:

—No, hoy no... ¡Perdóneme, que tengo alguna prisa!

Y fué con su mirada celestial y su frente angélica.

Yo no había pronunciado una palabra. Estaba como aniquilado. En mí se había roto todo equilibrio. Ella, en cambio, sí que tenía. Y lo necesitaba para navegar tranquilamente por tales acontecimientos.

Las dos de la madrugada.—¡Espantosa!... La comedia, decentemente, no podía durar. Acabo de presenciar el drama más rápido y sombrío. Era poco más de media noche. Yo estaba arriba, sufriendo toda clase de suplicios, mientras una luz testimoniaba en el último piso del pabellón que Cristina no descansaba aún. De pronto, en la claridad lunar que bañaba el jardín, vi aparecer al

viejo Norbert, que se puso a subir la escalera como un felino, y dando un golpe con un hombro hundió la puerta. Oyóse un grito de Cristina:

—¡Papá!...

Pero Norbert levantaba sobre su cabeza un arma formidable, algo así como un morillo, que se desplomó mientras Cristina suplicaba:

—¡No le mates, no le mates!

Un bulto—el hombre—dió un salto y alargando los brazos llegó hasta el balcón, mientras el arma terrible continuaba golpeándole.

¡No se movió más! Cristina, delirante, se había abalanzado sobre su pecho.

Luego reinó un silencio extraordinario.

El viejo, cruzado de brazos, mostraba una cara de loco.

En aquel momento, Jaime salió a su vez de su habitación e intervino en la escena. Entonces Cristina se levantó y dijo:

—¡Papá le ha matado!

El anciano pronunció con toda claridad:

—*No me obedecía. Y la culpa era tuya. ¡Debí recelarlo!*

En cuanto al prometido, no dijo una palabra. Tiró del cadáver y lo introdujo en el estudio, donde se encerraron todos y donde todavía se hallan cuando escribo estas líneas.

III

¿ACASO CRISTINA SÓLO TENDRÍA UN METRÓNOMO BAJO EL CORPIÑO?

¡Gabriel ha muerto! ¡Ha muerto Gabriel! ¡El viejo lo ha hecho polvo! Para mí, eso es lo único importante. Lo demás ya se explicará después si es muy necesario; mas, para mí, sólo es necesaria la muerte de Gabriel. Ya no está entre Cristina y yo. ¿Habré adelantado mucho con ella? ¡Poco importa! Mi corazón se ha refrescado con la sangre derramada por el viejo.

Ya no apoyará ella su cabeza en el hombro del joven, bello como un semidiós; ya no les veré abrazados. ¿Qué harán del cadáver? He esperado toda la noche, pero no se ha abierto la puerta del taller.

No pudiendo ya con la fatiga y la emoción, he descendido, me he echado en la cama y me he dormido con una inmensa alegría. Al despertar, aun tenía el alma en fiesta. ¡Ha muerto Gabriel!

¡Oh, el grito de triunfo en el umbral de la vida nueva!

El corazón que sangra en mi pecho está grave y jubiloso. Pero ¿cómo me atrevo a escribir semejantes palabras ardorosas? ¿Celebro un cobarde asesinato? ¡Bah! También yo opto por el princi-

pio de Schelling: «Los espíritus superiores están por encima de las leyes.» Pero ¿soy un espíritu superior? Quizá sí y quizá no. Desde luego, soy un *maldito superior*.

Y eso implica derechos que no comprenden los demás seres... ¡Cuánto me ha tentado Dios desde que estoy en el mundo!... ¡Cuidado! Basta de divagaciones, basta de sacrilegios... Volvamos a la tierra... He aquí que la mujer de las faenas llama en la puerta de la tienda.

Generalmente, a esta hora—las ocho—el viejo está ya tras sus cortinas, inclinado sobre sus ruedas cuadradas, y la señora Langlois no tiene más que empujar la puerta de cristales. Pero hoy aun está cerrada la puerta de madera. La señora Langlois, a la que conozco bien, pues también me hace las faenas, está desconcertada. Llama y vuelve a llamar con su puño seco e impaciente. Por fin le abren. Es el viejo. Al entrar ella, el carnicero facultativo sale inmediatamente, casi corriendo, a la calle. Temerá llegar tarde a clase. Cuando pasa me fijo en él. Aparte de su ceño fruncido, me parece tan insignificante como todos los días.

La puerta del establecimiento está entreabierta. Ya no veo al viejo. ¡Ay, si entrara ahí, y yo que estoy enterado, yo que podría ver!... Porque ya se las arreglarán para que la señora Langlois no vea nada... Pero yo... Y de repente, sin pensarlo, agarro mis existencias de pieles, atravieso la calle y entro en la casa del crimen... Atravieso luego la tienda y el comedorcito que hay a continuación, y en el cual se encuentra la señora Langlois realizando su tarea. Escoba en mano, me interpela al pasar; pero yo penetro en el jardín.

Allí doy con el viejo Norbert, estupefacto y anonadado ante el acontecimiento extraordinario de un audaz que se ha atrevido a franquear los

cinco metros cuadrados de la tienda y se pasea por el jardín como Pedro por su casa.

—¿Qué quiere usted?—acaba por rezongar fijando en mí sus ojos grises con aguzada hostilidad.

—Soy el encuadernador, caballero.

—Creí que mi hija se había entendido con usted.

Y entre dientes ha añadido unas cuantas palabras, según las cuales he creído comprender que Cristina había dado a la visita que había hecho una importancia que la había servido de pretexto para no acompañar al relojero y a su sobrino en el paseo dominical.

Entonces sonó detrás de nosotros la voz de Cristina, diciendo:

—Deja subir al caballero, papá...

No me lo hice repetir. Y sin esperar el permiso del viejo, a quien dejé algo boquiabierto, subí apresuradamente la escalera que llevaba al taller, en cuyo balcón estaba asomada Cristina.

Se hallaba tan tranquila como la víspera en mi casa. Nada en sus trazas y en su fisonomía ofrecía el menor reflejo del terrible drama de la noche pasada.

¿Cuáles eran mis pensamientos a la sazón? ¿Acaso me daba cuenta de ellos? Iba a entrar en la estancia donde, según me constaba, no penetraban más que Cristina, su padre y su prometido, aparte de la víctima. Iba a entrar, además, varias horas después del asesinato. Y, para colmo, era la misma Cristina quien, con el gesto más natural, me abría la puerta.

Mis ojos se dirigieron inmediatamente a los balaustres del balcón, al suelo del estudio, a la mesa, al armario, como si fatalmente tuviera que encontrar las huellas sangrientas del crimen. ¡Qué puerilidad! Desde el momento que me recibía allí es que ya se había hecho *lo preciso*. ¿Lo preciso? Ni

tan siquiera parecía barrido el suelo... En aquella larga estancia, donde penetraba la luz a mares, nada, absolutamente nada, hubiera podido llamar la atención de la mirada más recelosa, como, por ejemplo, la mía, que había visto asesinar a Gabriel.

Es más: yo sabía por especiales confidencias de la señora Langlois que el viejo, la chica y el novio se encerraban allí horas y horas luego de haber corrido las cortinas, para una misteriosa ocupación que, como ya he insinuado, empezaba a preocupar a algunas pobres cabezas del barrio. Y luego de echar un vistazo a aquella estancia vulgarísima, cabía, en verdad, preguntarse si la señora Langlois no había soñado.

Un gran diván en un rincón, cortinajes, unas cuantas telas, estudios, modelos de la antigüedad colgados de la pared, dos pedestales con arcilla confusa envuelta en telas blancas, una librería acristalada, en la que no había libros, sino unas cuantas estatuillas policromas que me recordaron que dos años antes la señorita Cristina Norbert había expuesto en el Salón de los Independientes un pequeño Antínoo de singular belleza, aunque había dado principalmente que hablar por la materia completamente nueva de que estaba hecho, y a la cual se buscaba un nombre, cuando la artista, una buena mañana, retiró su envío sin dar explicaciones.

En el fondo de la estancia, un cortinaje levantado a medias daba a un cuartito que seguramente era la alcoba de Cristina.

Mis ojos, que no podían pararse en nada, volvieron al armario.

Pero Cristina me recordó tranquilamente el objeto de mi visita, rogándome que me sentara en el sillón donde la antepenúltima noche había visto que se sentaba Gabriel.

Si ella estaba tranquila, yo no lo estaba. Ardía mi cerebro, temblaban mis manos.

Sentóse frente a mí. Yo no me atreví a mirarla. A pesar de que la noche anterior le habían asesinado al amante, se interesaba por la finura y el color de mis pieles.

Luego me dijo que me proporcionaría unos cuantos dibujos, con arreglo a los cuales tendría que hacer una encuadernación estilo mosaico.

—¿Es, pues, un trabajo de lujo?—pregunté.

—Sí—me contestó—. Y voy a confesarle que esos libros no son míos ni son para mí. Traiciono un secreto; pero estoy segura de que no me venderá. Pertenecen al señor marqués de Coulteray, dueño de nuestra casa, a quien vi hace poco, y que busca un encuadernador artístico que se dedique a su biblioteca, en condiciones muy excepcionales, sí, pero tal vez no muy molestas para usted, que es vecino. De usted le he hablado y se ha servido de mí para ponerle a prueba. Perdóneme.

Di las gracias balbuceando como un niño tímido y confuso. Poco me interesaban los libros. Mucho la idea de que había pensado en mí, de que yo existía para ella, de que ella había intervenido para hacerme un favor. Estaba yo como embriagado. Poco antes me había acercado a la hermosa mujer con horror y preguntándome qué impasible metrónomo palpitaba bajo su corpiño. Y ahora hubiera besado el borde de su falda como a la diosa de la Piedad.

Sí, sí. Era adorable por cuanto se inclinaba sobre mi abominación, por cuanto sonreía a mi asquerosidad. Porque aquel ángel sonreía...

Y el caso era que la noche anterior le habían asesinado al amante en aquel mismo lugar.

Al resurgir súbitamente este pensamiento, me tambaleo. Mi estúpida mirada da una vuelta más a

la maldita estancia, que nada me revela de su secreto, y luego se detiene nuevamente en el armario: en el armario de donde salió y donde quizá lo han vuelto a meter mientras le hacen otra tumba... Porque tal vez está aún ahí el muerto inagnífico...

¿Tal vez? ¡No! Estoy seguro de ello.

Una fuerza de la que no soy dueño encamina mis pasos hacia el mueble fatal.

—¿Adónde va, caballero?...

Esta vez me parece que su voz es menos segura y que el gesto con que me detiene ha sido un poco precipitado.

Ahora me corresponde el turno de tener lástima. Y recobrándome digo por decir algo:

—Es un viejo armario normando...

—Es, caballero, un viejo arcón completamente auténtico del Renacimiento provenzal... No me queda otro mueble de mi madre. Ella lo heredó de su abuela... Dentro guardo ropa blanca y fuerte como ya no se hace ahora.

Me inclino para despedirme. Me alarga la mano. Comprendiendo que si la toco con mis labios voy a hacer locuras, echo a correr... En fin de cuentas, ha muerto. ¡Ha muerto! Y eso es lo principal... El viejo Norbert estaba en su derecho, en el derecho romano, que es el único derecho en la casa de uno... Cierto es que si bien ha matado al hombre de la capa, no ha tocado un pelo de su hija... Pero ¡ha hecho bien!... Una criatura semejante es sagrada, haga lo que haga. ¡Buen *páter familias!* Le estrecho la mano en su tienda antes de correr a encerrarme en la mía. ¡Qué horrible es todo esto!...

IV

LA ROJA GOTA DE SANGRE PESA MÁS QUE EL MAR
ENFURECIDO

—Sí, señor Benito... Ahí, como le digo, pasan cosas extrañas. Cuando esta mañana le he visto atravesar el comedor, he estado a punto de salirle al paso para que no siguiera, porque temía alguna desgracia. Un día que entré en el jardín sin que me dieran permiso creí que iban a comerme. Son peores que salvajes, ¡peores que salvajes!

»No quieren a nadie, absolutamente a nadie, a su alrededor. Yo hasta me asombro de que me hayan llamado para hacer faenas, si bien es verdad que hay cosas que la señorita no puede hacer. Fregar la vajilla, por ejemplo, le repugna a esa muñeca con manos de gran señora que no tiene un céntimo. ¡Porque no tiene un céntimo! Y está tan orgullosa como si no lo hubiera ido vendiendo todo. Estos ojos míos que se ha de comer la tierra han visto cómo se marchaba la vajilla de plata, compuesta de piezas que parecían antiguas y que seguramente eran recuerdos de familia. También han salido cuadros, muebles... Hace tres años que la casa se va vaciando. ¿Cómo? ¿Por qué?

»Dicen que el viejo busca el movimiento continuo. ¿Qué es eso del movimiento continuo? ¡Yo sí